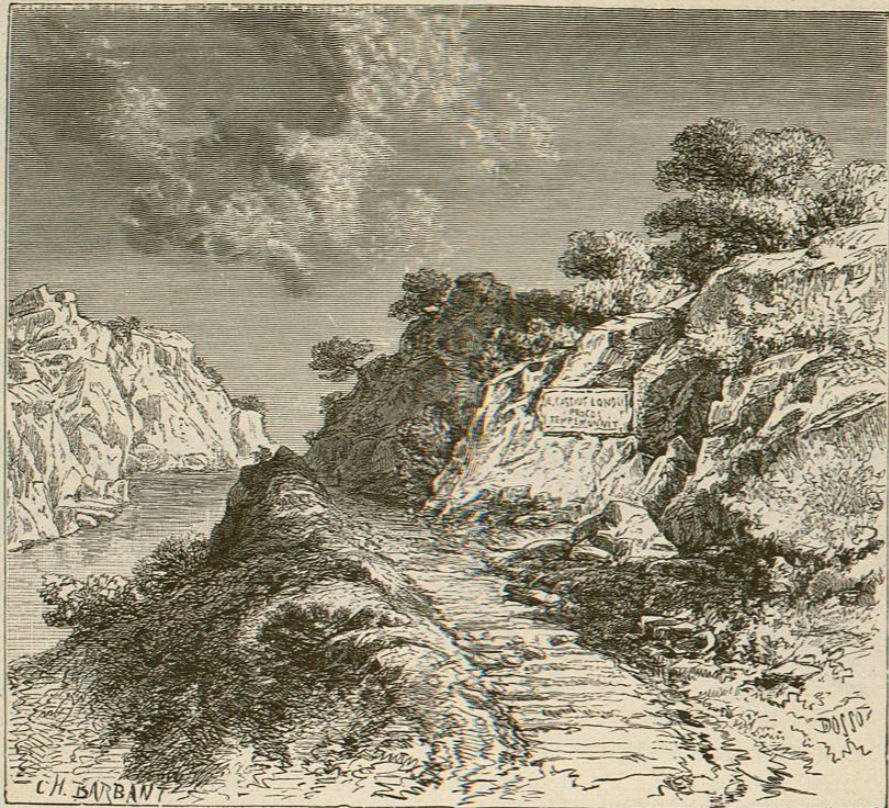


tro no fué para éstos: Lucinio llevó la peor parte en una escaramuza, que habría podido llegar á ser una batalla general, si Perseo hubiera hecho intervenir su falange. Reparando, durante la noche, el Peneo, dejó el romano en la otra orilla más de dos mil cuatrocientos de los suyos muertos ó prisioneros.

La Grecia, atenta á los hechos, aplaudió este primer triunfo. Pero Perseo se detuvo y solicitó la paz, ofreciendo el tributo y el abandono de sus conquistas. El cónsul vencido exigió que se sometiera el mismo rey con su reino á discreción del senado. Sin embargo, no supo justificar esta altivez de lenguaje, porque sufrió un segundo descal-



Valle de Tempe (2)

se estrenó con un descalabro y perdió el año buscando un paso para entrar en Macedonia, como quiera que Perseo hacía frente donde quiera y en posiciones inexpugnables. Los dos tenientes que atacaban por mar y por la parte de Iliria no fueron más afortunados: el uno no se distinguió más que por el saco de Abdera; y el otro, Claudio, apostado en Licnidos, perdió seis mil hombres en una empresa mal conducida contra Uscana.

Cuando supo Perseo que los romanos se habían retirado prematuramente á sus cuarteles, corrió á castigar á los dardanos, á los cuales mató diez mil hombres, y empleó el invierno en tomar muchas plazas de la Iliria, donde hizo seis mil prisioneros romanos. Quería cerrar por esta parte las inmediaciones de Macedonia y decidir acaso la defección

(1) Se ha dicho todo el Epiro, pero los molosos detuvieron á Perseo á orillas del Aous en 170, y Claudio levantó seis mil auxiliares tesprotas y atamanes (Tito Livio, XLIII, 21). Marcio compró á los epírotas en 169 los viveres necesarios al ejército de Macedonia. (Ibid., XLIV, 16.)

(2) Dodwell: *Tour through Greece*, p. 113. La inscripción grabada en la roca dice que Casio Longino, procónsul, reparó el camino del valle de Tempe, ó Tempea. Es probable que este Longino sea el teniente de César, de quien se habla en el libro de *Bello civili*, III, 36. Un ingenioso viajero, M. de Vogué, ha descrito una vía tan pintoresca en la *Revue des Deux Mondes*, 1.º enero, 1879.

bro cerca de Falana, retirándose á invernar en Beocia, después de la toma de algunas ciudades tesalianas. Una victoria naval y algunas ventajitas en Tracia, terminaron esta campaña en favor de Perseo. La odiosa conducta del cónsul y del pretor Lucrecio, que pillaban sin pudor á los aliados, hubo de aumentar el descontento; por lo cual muchos cantones del Epiro se declararon abiertamente por el rey de Macedonia (1), y se movieron la Etolia y la Acarnania.

Un nuevo cónsul tan incapaz como el precedente, A. Hostilio, vino luego á tomar el mando. Al atravesar el Epiro estuvo á punto de caer en manos de un partido enemigo; y toda la campaña correspondió á sus comienzos: Hostilio

de Gencio. Pero el rey bárbaro pedía ante todo dinero y Perseo no quiso dárselo. El Epiro parecía sublevado; Perseo esperaba arrastrar también á la Etolia y penetró hasta Estratos con diez mil hombres. Pero los romanos habían entrado en la plaza.

Esta actividad, estos triunfos invitaban á los pueblos indecisos á aprovechar la ocasión de salvarse con él, y es el momento en que las embajadas afluyen á Roma. Atenas, Mileto, Alabanda, Creta, renovaban sus ofrecimientos de servicios ó de auxilios; Lámsaco solicitaba el título de aliada. Los cartagineses habían ofrecido 1.500.000 modios de trigo; Masinisa prometía otro tanto y además 1.200 númidas y doce elefantes: ya había enviado veintidós elefantes más y dos mil auxiliares (3). Perseo estaba solo aún.

Sin embargo, por la impericia de los generales, esta guerra se iba haciendo grave y la inquietud cundía en Roma, hasta el punto de haberse prohibido á los senadores alejarse de la ciudad más de una milla. Sesenta mil hombres se reclutaron ahora en Italia, y el nuevo cónsul Marcio condujo numerosos refuerzos para llenar los huecos hechos en el ejército por las licencias que los cónsules y los preto-

(3) Rodas, Samos, Calcedonia, y de lo último del mar Negro, Hecleia del Ponto, habían enviado barcos. (Tito Livio, XLIII, 56.)

res habían vendido. Para destruir el efecto de las exacciones de que habían sido víctimas los griegos, se hizo proceder de un senadoconsulto, que prohibía suministrar nada á los generales, sobre lo que el senado había fijado.

Los montes Cambunios y el Olimpo cierran al Sur la Macedonia, á donde Marcio estaba decidido á llevar la guerra; es una barrera formidable. Antes de acercarse preguntó á las gentes del país sobre los caminos, ó más bien sobre los senderos quebrados que por allí corren, se aseguró de los guías perrebos y luego tuvo un consejo de guerra. Unos propusieron pasar por Pitión, entre el Olimpo y los montes Cambunios; otros rodear las montañas en que Perseo había acumulado sus medios de defensa y entrar por Elimea, por el paso de los Cuarenta-Vados (*Sarandaporos*) que guarda la *Vigla* ó sea el Centinela.

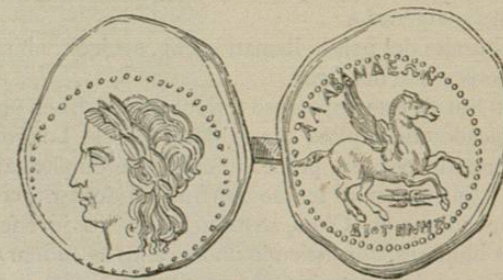
El camino de Pitión conducía al desfiladero de Petra, que cerraba una fortaleza construída en una aguda roca, sobre la cual eleva el Olimpo cimas que suben 3.000 metros. Hubiera sido imprudente conducir el ejército por unas gargantas de tan fácil defensa, y que llevaban muy lejos de los almacenes formados en Tesalia. Partiendo de Olosona se llegaba más pronto á Pieria por Kanalia; pero era un paso difícil de subir y muy más de bajar, como quiera que había que seguir cuatro torrentes que habían hecho en la vertiente oriental impracticables barrancos; vistas desde abajo estas gargantas, presentan la inmensa montaña como entreabierta desde la cima hasta el pie. En cuanto al desfiladero de Tempe, un viajero podía pasarlo bien, pero no una legión, si un puñado de gente lo guardaba: en una distancia de cinco millas, una bestia de carga apenas encuentra el espacio necesario para su tránsito.

Estas defensas naturales acumuladas en el camino por donde marchaban los romanos parecían prohibirles la entrada en Macedonia. Además todos los caminos estaban guardados, pues Perseo, con una habilidad que se ha desconocido, había situado diez mil hombres en la Volustana para dominar los dos desfiladeros de Sarandaporos y de Petra, y doce mil al mando de Hípias por encima del pantano Ascuris, probablemente en el monte Sipoto, á fin de interceptar por esta parte los senderos de la montaña. Había apostado también algunas tropas en el valle de Tempe, y él mismo estaba establecido en Dium, á espaldas de estas defensas, para reforzar y sostener á los que flaquearan. Temiendo ser atacado de flanco por las tripulaciones de la flota romana, cubrió el litoral con su caballería ligera.

Marcio vaciló algún tiempo sobre el punto por donde debía cortar aquella línea formidable; y al fin se decidió por una audaz empresa, que por su misma audacia debía dar mayores resultados, si no se malograba. Resolvió rodear con la caballería, los elefantes y viveres para un mes el vasto pantano Ascuris y salvar la meseta de Octolofio ó de ocho cimas, una de las cuales, llamada hoy monte de la Transfiguración, mide una altitud de 1481 metros. «Desde allí, dice el historiador, se descubre todo el país, desde Fila hasta Dium y toda la costa de la Pieria.» Mientras el cónsul atravesaba las montañas, el pretor con su flota debía amenazar la costa y aun hacer desembarcos de gente. Marcio tenía treinta y siete mil hombres, y envió rápidamente una fuerza respetable contra la división de Hípias para derrotarlo ó contenerlo á lo menos. Un cuerpo escogido, con el cual hizo rodear el pantano Ascuris, le abrió al Sur el camino hacia Rapsani, defendida por la fortaleza Lapathonte; otro cuerpo atacó por el Oeste á los macedonios en las alturas. Batiéronse allí dos días, sin que el rey se atreviera á abandonar la costa para aprovecharse de la peligrosa situación en que se habían colocado los romanos.

Estos salieron del peligro á fuerza de audacia. Mientras Hípias, bajo la presión de tan rudo ataque, concentraba sus fuerzas para una resistencia desesperada, ocultando Marcio sus movimientos con un cordón de tropas, se arrojó á través de rocas y bosques á la vertiente oriental del Olimpo, de donde bajó con peligros y dificultades sin cuento á las llanuras de la Pieria. Sus comunicaciones estaban cortadas, pero había forzado el paso y vencido la naturaleza.

De ella, en efecto, acababa de triunfar. «Los romanos, dice el ilustre viajero que ha seguido paso á paso las huellas del ejército de Marcio por aquellas montañas, bajaron por precipicios á la Macedonia. Y no he visto nunca nada más salvaje y magnífico que las pendientes del bajo Olimpo en que se arriesgaron aquellos soldados: es un bosque inmenso, envolviendo con su sombra toda una región de escarpaduras y barrancos. Por gargantas cubiertas de bosque hasta el fondo, corren ruidosamente aguas tan rápidas como cristalinas. El vigor y la variedad de la vegetación son increíbles; los árboles de la llanura que admiran en aquellas altitudes, las verdes encinas y sobre todo los plá-



Moneda de Alabanda (1)

tanos, suben á lo largo de los torrentes hasta en medio de los castaños y hasta de los pinabetes. Se concibe que atravesando aquellas impenetrables soledades todo un ejército, hubiera engañado al enemigo, que lo creía en retirada.... De Skotina al pie de la montaña procuraba yo imaginarme la larga calle abierta al hacha, y todo el desorden de aquel ejército que se desarrollaba, dice Tito Livio, más bien que descendía. La caballería, los bagajes, las bestias de carga, marchaban delante con los elefantes, que se hacían deslizar difícilmente por planos inclinados; las legiones venían detrás. De Skotina, echamos lo menos cuatro horas para llegar al pie de las últimas pendientes. Allí á la orilla de la llanura se alzan algunos otros plantados de olivos con las ruinas del monasterio de Panaghia: son las colinas en que el cónsul romano, después de tres días de tan difícil descenso, estableció en fin su campamento; la infantería ocupaba estas colinas, y la caballería acampaba adelante á orillas de la llanura (2).»

Una fuerte retaguardia dejada en las alturas, había ocultado á Hípias esta audaz operación. Así, diez días después de haber recibido el ejército de manos de su predecesor, había trazado Marcio sus planes, reunido sus viveres, dado dos combates en el Olimpo y forzado la entrada de Macedonia: es una bella página de historia militar.

Durante estas operaciones, Perseo estaba en Dium con la mitad de sus tropas; y espantado al ver las legiones (3)

(1) Cabeza de Apolo por una faz; por la otra ΑΑΒΑΝΔΕΩΝ, nombre del pueblo, y ΔΙΟΓΕΝΗΣ Pegaso y rayos. Tetradracma de Alabanda.

(2) M. Heuzey, el *Monte Olimpo*, pág. 75 y sigs.

(3) Tito Livio supone que en su espanto envió dos amigos suyos á Pela y á Tesalónica para quemar sus barcos y arrojar al mar sus tesoros. Su situación no era tan desesperada; y como añade el autor, que

abandonó la fuerte posición que ocupaba y se replegó hacia Pidna, cometiendo la imperdonable falta de llamar á sí los cuerpos que guardaban los desfiladeros. Luego al punto se apoderó de ellos Marcio: estaba á salvo. Restablecidas así sus comunicaciones, el cónsul avanzó hasta Dium; pero la falta de viveres y la proximidad del invierno lo detuvieron; suspendió las hostilidades y tomó audazmente sus cuarteles en la Pieria.

Para no ser molestado allí y al mismo tiempo para asegurar sus comunicaciones con la Tesalia de donde esperaba convoyes, hizo que sus tenientes tomaran las pequeñas plazas que guardaban el valle de Tempe, entre otras Fila, donde Perseo había reunido grandes partidas de trigo. Hallándose demasiado expuesto en Dium, donde la llanura de la Pieria comienza á dilatarse, se concentró detrás del Enipeo que le ofrecía para el invierno una buena línea de defensa.

«Este torrente, dice Tito Livio, desciende de una garganta del Olimpo; pobre en el estío, es un impetuoso torrente durante las lluvias de invierno: se arremolina al rededor de inmensas rocas, y arrastrando tierras y ahondando más y más el lecho en que se hunde, ha hecho precipicios de sus márgenes.»

Los naturales del país lo llaman *Vythos*, es decir, abismo, y bien merece este nombre.

Pero al Sur de este impetuoso torrente, quedaba en poder de los macedonios la plaza fuerte de Heráclea. Los romanos la tomaron por un procedimiento que empleaban á menudo y que no hemos tenido aun ocasión de dar á conocer. En los juegos del Circo, se entregaban los jóvenes á ejercicios militares, consistiendo uno de ellos en formar una bóveda de escudos sostenida por sesenta ú ochenta individuos. Los de las últimas filas ponían la rodilla en tierra, los de en medio se bajaban un poco y los primeros permanecían en pie; el conjunto representaba un plano inclinado sobre el cual se lanzaban á pelear hombres armados: era la *testudo*, ó tortuga.

Los muros de Heráclea eran bajos y el jefe romano hizo formar la *testudo* mandando á los legionarios de la primera fila llevar el escudo por delante, á los de los flancos escudar el lado descubierto, y así la viva máquina de hierro en que se deslizaban los dardos sin penetrar, permitió á bravos asaltantes alcanzar la muralla y arrojar de ella al enemigo, después de alguna resistencia.

La fama de estos triunfos llegaba á Roma, cuando se presentaron al senado unos enviados rodios declarando que arruinados por una guerra tan prolongada, querían ver ya su término, y que si Roma ó Perseo se negaban á la paz, tenían ellos que ver las medidas que debían tomar respecto del beligerante intransigente. Por toda contestación se les leyó un senadoconsulto que declaraba libres á los carios y licios, sus súbditos. Eumenes también ofendido en su orgullo acababa de abandonar el campo romano, y Prusias se interponía como mediador. Era tiempo de acabar con la Macedonia. Los comicios elevaron al consulado á Paulo Emilio.

Era este un hombre chapado á la antigua, letrado sin embargo, como lo eran ya todos los nobles de Roma, y amigo de la civilización y de las artes de la Grecia, aunque religioso guardador de las antiguas costumbres. Severo con los soldados y con el pueblo, poco ganoso de la popularidad adquirida en el foro, y lo que iba siendo cada día más raro, sobrio y desinteresado.

«Nadie, dice un antiguo, que con tan pocas palabras hace

avergonzado de su miedo, hizo desaparecer á los dos testigos, puede ponerse esta historia al lado de las otras que los romanos hicieron correr sobre la cobardía, avaricia y crueldad de Perseo.

á sus compañeros el más duro reproche, nadie se hubiera atrevido á ofrecerle dinero.» En la guerra, no siempre había sido afortunado: los lusitanos lo habían batido, y después de su primer consulado (182) por poco no destruyeron su ejército los ligures. Pero se vengó de los primeros con una victoria en que les mató 18,000 hombres (1), y obligó á los otros á ir á jurar á Roma que no tomarían ya nunca las armas, sino por orden del senado.

Después habiendo aspirado en vano el segundo consulado, había abandonado los negocios públicos para dedicarse exclusivamente á la educación de sus hijos. Esta vez lo eligieron sin consultar su voluntad, espontánea y libremente, y á pesar de sus sesenta años, hubo de desplegar una actividad juvenil, siempre discreta y prudente. Envió á inspeccionar la flota, el ejército, la posición del enemigo y la de las legiones, el estado de los almacenes, etc. Estudió las disposiciones públicas y las secretas de los aliados: Gencio, engañado por la promesa de 300 talentos, se había declarado al fin en contra de Roma; Eumenes había abierto con Perseo tenebrosas negociaciones; los rodios se habían pasado casi á la descubierta á la causa del rey, y la flota macedonia reinaba en el mar Egeo y en las Cícladas. Pero Perseo acababa de privarse del apoyo y refuerzo de veinte mil galos que había solicitado á orillas del Danubio, negándoles lo prometido en los momentos en que debiera haber sido más generoso, aunque hubiera sido peligroso este concurso después de la victoria común.

Con estos datos P. Emilio trazó su plan. Con el ejército de Marcio debía atacar de frente á Macedonia y empujar al rey por delante; con la flota formaría Octavio el ala derecha, y después de haber limpiado el mar Egeo, amenazaría las costas para inquietar á Perseo por retaguardia; Anicio con las dos legiones de la Iliria formaría el ala izquierda, y después de haber derrotado á Gencio, caería por la Dararrecia sobre Macedonia. Ochenta mil hombres lo menos iban á entrar en línea (2), y el otro cónsul, Licinio, tenía otro ejército dispuesto en las costas del Adriático para correr en socorro de su colega, si las circunstancias lo exigían.

Antes de salir de Roma, reunió P. Emilio el pueblo para darle consejos que nos muestran en aquella vieja ciudad los hábitos de nuestras capitales modernas.

«Haré, dijo al pueblo romano, haré todos los esfuerzos posibles (3) para justificar vuestra confianza; pero os ruego que no acojáis con credulidad los vanos rumores que circulan, dando sólo fe á lo que yo escriba al senado y á vosotros mismos. En todas las reuniones, y ¡los dioses me perdonen! en todas las mesas hay personas que se ponen á la cabeza de nuestros ejércitos, saben dónde ha de establecerse el campamento, situar las avanzadas y el desfiladero por donde debe entrarse en Macedonia; qué camino han de seguir los convoyes por tierra y por mar y dónde y cómo han de estar los almacenes; cuándo conviene atacar y cuándo esperar el ataque. Después de decidir las mejores operaciones, esas hábiles personas critican lo que no está conforme á su plan, y viene á resultar que el cónsul es culpable y se le acusa ante el tribunal. Todas estas murmuraciones causan grande embarazo á los que obran y trabajan para vosotros, y Fabio tiene experiencia de esto. Si alguno de vosotros cree

(1) En 1867 se encontró cerca de Gibraltar una inscripción grabada el 21 de enero del año 188 poco después de esta victoria. Es la más antigua de las inscripciones en bronce que Roma nos haya dejado como monumentos de alguna importancia. (*Mem. de la Acad. de inscrip. y bellas letr.* 1867, p. 267.)

(2) Polibio y Plutarco. (*Æmil.*, 12) dicen cien mil; pero hay que descontar las garniciones.

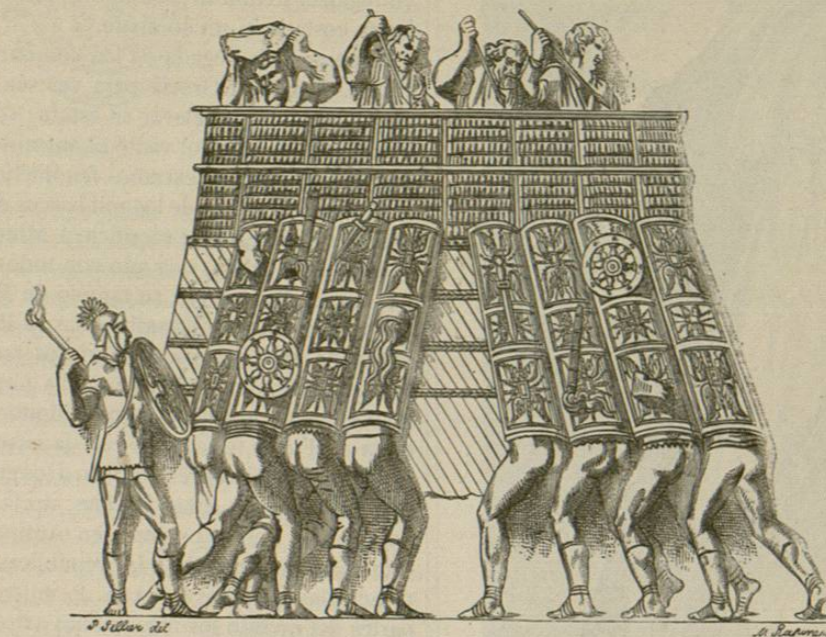
(3) Tito Livio, XLIV, 22 y sigs.

tener que darme útiles consejos, no excuse sus servicios á la república y venga conmigo á Macedonia: yo le suministraré todo lo necesario, barco, caballos, tienda, provisiones. En cuanto á los que no piensan ni quieren tomarse este trabajo, prefiriendo el reposo de la ciudad á los laboriosos peligros del campamento, ruégoles que no sean como el piloto que desde tierra quisiera mandar la maniobra que ha de ejecutarse en las aguas.»

En el campamento se ocupó P. Emilio al principio en dar á la disciplina su antiguo vigor: reemplazó con trabajos útiles los ocios del soldado y puso en honor los ejercicios militares; quitó á los centinelas su escudo para aumentar así su vigilancia. La contraseña se daba en alta voz, de modo que podía oírse el enemigo: el nuevo cónsul ordenó que los centuriones se la pasaran en voz baja. Las avanzadas se fa-

tigaban de estar todo el día sobre las armas, y el general mandó que se relevaran dos veces, una por la mañana y otra al medio día, para que el enemigo encontrara siempre soldados de refresco.

Perseo acampaba allende el Enipeo en la fuerte posición que hemos descrito. Por medio de un falso ataque, que duró sin embargo dos días, procuró el cónsul llamar su atención y retenerlo allí, mientras Escipión Násica, con un cuerpo escogido de once mil hombres, penetraba en el valle de Tempe y rodeando toda la masa del Olimpo, llegaba por el camino de Pitió al desfiladero de Petra. El rey hubo de sospechar esta marcha y envió doce mil macedonios á cortar el paso. Pero eran malas tropas, habiendo reservado las mejores en la falange enfrente de P. Emilio; ni supieron tomar buenas posiciones, y Násica los batió fácilmente; persiguió



La tortuga, ingenio de guerra (*testudo*) (1)

con viveza al enemigo, tomó la fortaleza de Petra, que no se defendió, y descendió á la llanura de Katerini. Perseo, que se vió amenazado por una y otra parte, levantó su campamento del Enipeo y se retiró á Pidna, al N. de Katerini.

Una llanura adecuada á la falange se extendía por delante de la ciudad, y Perseo, que no podía ya retroceder sin mengua ni daño, resolvió dar allí la batalla. La noche que precedió á este hecho de armas alarmó á los macedonios un eclipse de luna; mas por orden de P. Emilio, el tribuno Sulpicio Galo explicó á los legionarios la causa física de este fenómeno (22 junio 68) (2). Algunos días antes el ejército hubo de pasar sed; pero guiado el cónsul por la dirección de las montañas, hizo ahondar en la arena y se encontró agua en abundancia. Los soldados creían que su caudillo estaba inspirado por los dioses, y pedían á voces el combate. Pero encerrado entre la mar y montañas impracticables un ejército de cuarenta y tres mil hombres, no quería exponerle P. Emilio al azar de una derrota, y hasta que hubo hecho de su campamento una verdadera fortaleza, no se de-

cidió á dar la batalla (3). Los macedonios atacaron con furor. La llanura resplandecía con el brillo de las armas, y el mismo cónsul no pudo ver sin sorpresa mezclada de espanto aquellas filas de enemigos apretadas é impenetrables, aquella muralla erizada de lanzas. Sin embargo, disimuló sus terrores, y para inspirar confianza á sus tropas, afectó el descuido de no ponerse el casco ni la coraza. Al principio arrolló la falange todo cuanto se le oponía; pero arrastrándola el mismo ardimiento fuera del terreno que Perseo había elegido, las desigualdades del suelo y el movimiento de la marcha hubieron de abrir en ella huecos adonde P. Emilio lanzó sus soldados. Desde luego pasó lo que en Cinoscéfalos; desunida la falange, perdió su fuerza; en vez de una lucha general, hubo mil combates parciales, hasta que al fin, la falange entera, es decir veinte mil hombres quedaron sobre el campo de batalla: un riachuelo que lo cruzaba arrastraba aún el día siguiente aguas ensangrentadas.

Los romanos no confesaron más que cien hombres de pérdida, lo que es inverosímil, é hicieron once mil prisioneros. Pidna fué entrada á saco, y hasta sus ruinas han desaparecido; pero como convenía á semejante lugar, bellos sepulcros

(1) Bajo relieve de la columna Antonina. Representa un grupo de soldados que, formando la tortuga, va á saltar una plaza ó á incendiar algún parapeto ó cualquiera otra obra de madera.

(2) Este eclipse no fué anunciado la víspera, como se pretende, sino explicado el día siguiente. (*Cic., de Rep.* I, 15.) El grande astrónomo Hiparco, contemporáneo de P. Emilio, habría podido hacer la predicción, pero no Sulpicio Galo.

(3) Según M. Heuzey, Násica se incorporó la víspera al ejército que llegaba por el camino de Sphigi. P. Emilio sentó su campamento en la parte alta de la llanura, entre el Mavroneri y el Pelikas. A orillas de este río fué donde comenzó la acción, y los fugitivos de la primera línea se retiraron al monte Olocros; pero la batalla se extendió al Norte y acabó hacia Aiani. (*Ob. cit.*, p. 152 y sigs.)